

PRODUCCIONES DEL MISMO AUTOR

Volúmenes

1895—«Breves apuntes sobre la Administración de Justicia y su organización»	1
1905—«De los Tribunales colegiados»	1
1912—«Estudio sobre constitución orgánica y reglamentaria de la justicia civil y criminal»	2
1916—«Relación oral de los procesos criminales»	1
1916—«De la Institución del Jurado»	1
1917—«Práctica forense»	1
1918—«Carnet de un Filósofo de Antaño»	2
1918—«Sueño Tartaro»	1
1918—«Urgente sanción de una Ley»	1

BOCETOS Y BROCHAZOS



MONTEVIDEO

Editor: CLAUDIO GARCÍA

441— CALLE SARANDÍ — 441

1918

ADVERTENCIA

Bajo el conocido «seudónimo» de LICENCIADO PERALTA, editamos hoy y ponemos a la venta este nuevo libro del doctor Domingo González.

La obra contiene cinco crónicas sociales y políticas, relacionadas con personas de gran figuración y con acontecimientos históricos del país, narrados y comentados por el festivo escritor, y otros tantos artículos críticos, originales, entre ellos, el titulado «Sueño Tartaro», en 2.^a edición, corregida y aumentada.

EL EDITOR.

CAPITULO I

El Barón

Cómo un título de nobleza o distinción, no es siempre garantía de buenos procederes y cómo la reincidencia en una falta, puede preparar una sanción completa.

I

Don Gervasio Herrera

Una tarde, conversaban tranquilamente el señor I. Parpal, propietario de una platería de la calle 18 de Julio, hoy Avenida, y un amigo de la vecindad, señor Manuel Salgado, cuando vieron venir en dirección a ellos al viejo y común conocido, don Gervasio Herrera.

Este señor, miembro del comercio al menudeo en esta ciudad, tenía establecido su negocio en la esquina Noroeste, formada por las calles de Colonia y Río Negro, enfrentando, una de sus puertas principales, al solar ocupado hoy por la "Cochería Metropolitana", que hasta hace poco perteneció bajo otra denominación a los apreciables caballe-

ros don Manuel Suárez y don Federico Donnelly, ya finado este último.

Don Gervasio, pues así sencillamente se le llamaba y trataba entre sus relaciones, venía a paso largo y al parecer algo preocupado, encargándose él mismo de confirmar esta suposición al cambiar las primeras palabras con sus amigos, pues, según les dijo, tenía que llegar a casa lo más pronto posible.

—¿Pues qué ocurre? — le preguntó el señor Parpal.

—Nada de mayor importancia,—contestó—pero tengo que madrugar mañana y tomar la diligencia de Pando, y para esto, es preciso que hoy coma una hora antes de la de costumbre.

—¿Pero hombre!—observó Salgado,—¿qué tiene que ver la hora a que usted coma hoy con la diligencia de Pando, o con cualquiera otra que deba tomar mañana?

—Es que quiero comer una hora *antes* para dormir una hora *más*, precisamente el tiempo que pierdo en el madrugón. ¿No le parece a usted, señor Salgado, que soy previsor?...

Este no pudo menos de reconocerlo, y después de invitado don Gervasio a pasar a la tienda con el objeto de fumar siquiera un cigarro en amable compañía, invitación que no aceptó, inclinóse ligeramente, y con un apretón de manos y un "hasta mañana", se despidió continuando por la Avenida 18 hasta llegar a la calle Río Negro, en la que, como he dicho, tenía establecido su modesto negocio.

Me parece, aunque no me atreva a afirmarlo, que el señor Herrera, en la fecha a que me refiero, no tenía más familia que un hijo que conocí y traté muchos años después, y así se explica que comiera y durmiera en su modesta casa de negocio, que poco o ningún confort le ofrecía.

Herrera era un hombre apreciableísimo y bastante culto, como lo fué su hijo, a quien, he dicho antes, conocí y traté en épocas posteriores, siendo durante muchos años Notificador del Juzgado Letrado de lo Civil de 3.er Turno, hasta hace dos o tres en que falleció, relativamente joven todavía.

Padre e hijo, gozaron de sumo crédito por la corrección de sus procederes en la respectiva actuación, que cada uno tuvo que jugar en el cumplimiento de sus deberes, así como de grandes simpatías por sus inapreciables condiciones de carácter.

II

El homicidio

Al siguiente día, poco más o menos a las 7 1/2 a. m., me dirigía yo a una de las barracas del Norte, cuando al llegar a la calle Colonia y después de recorrer la distancia que va de una esquina a otra, un hombre a paso acelerado, aunque con dificultad visible, llamóme por mi nombre repetidas veces. Al mismo tiempo accionaba de manera tan rara y expresiva, que no pude menos de

detener el paso; después acorté la distancia, aproximándome a él hasta reconocerle.

Era don Policarpo... el conocido don Policarpo, propietario de una tienda de la calle 25, contigua a la zapatería de don José M.^a Perelló; era aquel cándido y feliz mortal que, cuando las señoras que frecuentaban su negocio, le preguntaban si tenía terciopelo, él contestaba que no, pero que en cambio tenía pana, como afirmaba tener medias cortas, cuando se le pedían medias largas.

¡Pobre don Policarpo! Nunca vi un hombre más atribulado; lloraba como un niño y en medio de su emoción, de sus sollozos y de algunas frases incoherentes e ininteligibles, apenas pude comprender que se trataba de un amigo... ¡Desgraciado!... exclamaba, ¡infames!, ¡quién lo diría!... Y callaba de pronto para entregarse a nuevas lamentaciones momentos después.

Tuve que hacer un esfuerzo para dominar mi impaciencia, por más que comprendí que algo muy grave le ocurría al pobre hombre; pero al fin éste, observando sin duda mi seriedad y mi silencio, tan expresivo en la ocasión, como habrían podido serlo mis palabras, se serenó de pronto, enjugó sus lágrimas, y dijo con voz temblorosa:

—Señor Peralta, sabrá usted que mi querido amigo, indudablemente suyo también, don Gervasio Herrera, ha sido asesinado alevosamente.

—¡Cómo! — exclamé hondamente impresionado — ¡cuándo?... ¡en dónde!...

—Anoche... en su almacén... ¡Pobre amigo!

—¡En su almacén!... ¡Y los asesinos!...

—Hasta este momento no se ha dado con ellos, ni siquiera indicios han dejado... que pueda utilizar la justicia.

—Pero, ¿no hay sospechas, más o menos fundadas, de quién pueda ser el autor, y cuál el móvil del homicidio?

—Sobre lo primero, ya he dicho, que no hay nada concreto, pero en cuanto al móvil, no ha sido otro que el robo... Allí, en el almacén, — y don Policarpo dirigió su vista y su mano derecha a la esquina Río Negro, — está el Juez del Crimen, su Aetuario y un grupo de personas de relación del finado y excelente amigo.

Después de esto, y cediendo a la impaciencia que me dominaba, me despedí de don Policarpo, quien siguió por la calle Colonia hacia el centro, agobiado de espaldas y arqueado de hombros, con sus piernas en movimiento desigual y descriptivo de innumerables X X X, que complementaban la ingrata silueta de un hombre al agua.

Al fin, yo, con paso precipitado, me dirigí al lugar del suceso, haciendo mis conjeturas sobre las circunstancias que hubiesen podido concurrir en la consumación de crimen tan lamentable.

III

Vagos datos sobre los presuntos asesinos

En 186... la manzana que ocupa actualmente el Politeama, y las subsiguientes, ubicadas en dirección a la Aguada y Cordón, como se decía en-

tonces y hoy mismo se dice, eran terrenos baldíos en su mayor parte, cercados algunos y otros convertidos en depósito de escombros y basura; verdaderos suburbios de la ciudad nueva por esos vientos, con uno y otro casucho de trecho en trecho.

Aparte de barrancos y zanjas que dificultaban el tránsito y ofrecían serios peligros para el transeunte durante la noche, no había alumbrado, ni que alumbrar a derechas, y muchos ejemplos se tuvieron de viviendas asaltadas, y más que de viviendas, de transeuntes que al cruzar por semejantes despeñaderos fueron despojados de sus prendas.

En una palabra, la localidad tenía el aspecto de una región desmantelada y de apariencia lamentable que nada bueno decía en favor y elogio de la Municipalidad, que como todas las municipalidades, hacía oídos de mercader cuando le convenía.

De lo expuesto resulta, pues, que el almacén del desgraciado Herrera, contaba con muy pocas garantías y ya se supondrá, no sólo por lo que ocurría entonces, sino por lo que generalmente ocurre hoy mismo, que la vigilancia de la Policía, en aquella localidad, no había de distinguirse por la exactitud y eficacia de sus servicios.

Encontrándome yo a poca distancia del lugar en que ocurrió el lamentable suceso, muy pronto estuve al frente del almacén y con muchas personas de relación, en medio de quinientas más, que, ávidas de noticias, habían ocurrido de los alrededores, y de otras muchas, que seguían llegando con la ansiedad pintada en el rostro.

Desgraciadamente, cuanto me dijo don Policarpo, resultó en todas sus partes confirmado: don Gervasio Herrera había sido asesinado durante dormía, y esto en las primeras horas de la noche, encontrándosele detrás del mostrador con la cabeza separada del cuerpo; los cajones donde se depositaba el dinero del diario, vacíos... y por último, sin tenerse dato alguno sobre quién o quiénes podían ser los asesinos.

Sin embargo, en los días posteriores, algo se adelantó sobre un individuo sospechoso, que merodeaba por los alrededores en la tarde del día en que se consumó el crimen: unos niños de la vecindad habían visto a ese individuo, de pequeña estatura, moreno, de escaso bigote, vistiendo un traje gris y chambergó negro. Estos niños, que jugaban al trompo en una pequeña plazuela del frente, en donde hoy existe una canastería, decían que un poco antes de entrarse el sol, aquel desconocido se acercó y les preguntó, quién de ellos jugaba mejor al trompo, y como le contestasen que era un vasquito de la calle Ibicuí, Pedro Errandonea, que en ese momento preparaba su jugada, se esperó a que la hiciera... retirándose después sin decir palabra, hasta ocupar la esquina en que se halla actualmente ubicada la "Cochería Metropolitana".

Fuera de estos datos, nada más pudo adelantarse en el proceso, así es que, después de tres meses de inútiles gestiones, quedó paralizado y hasta olvidado.

IV

Estadística de la criminalidad hace medio siglo

Había transcurrido alrededor de año y medio, y ningún crimen atroz, como aquel de que fué víctima el apreciable comerciante Herrera, había ocurrido en la Capital, ni en ninguno de los Departamentos del interior.

En efecto, las circunstancias agravantes que mediaron en la perpetración de ese homicidio eran tales, que al menos por aquel tiempo, no se reprodujeron felizmente en ningún otro caso, pues los que con relativa frecuencia se cometían, eran en pelea, en lucha leal muchas veces, sin perjuicio, por supuesto, de aquellos de *madrugarse*, rindiendo culto así al principio de que, "aquel que da primero, da dos veces".

La criminalidad en aquella época no ofrecía la estadística alarmante que hoy ofrece, como consecuencia lógica de la abolición de la pena capital, y de la patente implícita que ella envuelve, para conculcar toda clase de crímenes, sin riesgo de la vida propia.

El sentimentalismo para con los asesinos que matan por placer, por paga o remuneración, o cediendo al incentivo del robo; que proceden con premeditación y alevosía; que se ensañan con las víctimas después de sacrificadas, cualquiera que fuese su condición, su sexo y su edad; el sentimentalismo para con los asesinos, decía, no alcan-

za ni en el ánimo, ni en el criterio, ni en el corazón de los sensibles, una mirada de conmiseración y de piedad para las víctimas!

Nada se consigue, dicen, con sacrificar a esos asesinos en el patíbulo, cuando con ello no se restituye la vida a las víctimas de su saña; pero olvidan que no se trata sólo del castigo por el mal causado, sino del ejemplo, tendiente a prevenir en lo posible la repetición de hechos semejantes, con nuevo sacrificio de vidas.

Las dos primeras repúblicas del mundo, la Francia y Estados Unidos del Norte, símbolos de civilización, conservan en sus códigos la pena capital; y en el mismo Río de la Plata—con excepción de nosotros— así como en los pueblos del litoral del Pacífico, la conservan también, como una amenaza, para aplicarla en los casos de crímenes atroces.

Por regla general, y rindiendo culto al espíritu de conservación, innato en el hombre, nada es más apreciable que la vida, como que de ésta dependen todos los demás halagos que ella ofrece. Por consiguiente, ninguna pena puede prevenir los atentados criminales contra la vida ajena, como la que imponga a sus autores la pérdida de aquel bien inapreciable de que ellos privaron a un semejante.

Pero, dije antes, que en este país hace años que no rige la pena capital, y ahora agregaré que, desde entonces, los asesinos son árbitros de la vida de hombres, mujeres y niños, sin que pueda siquiera rozárseles la epidermis, no faltándoles para dormir mullidos colchones, almohadas de plumas, y habien-

do frío... un confortable *porrón* de agua caliente a los pies.

v

Un nuevo homicidio y captura de sus autores

Muchos de mis lectores han de recordar la fábrica de calzado que existía hace unos treinta y tantos años en la calle 25 de Mayo esquina Juncal.

Esa casa de negocio pertenecía a dos hermanos de apellido Arriague, los que, a la vez, tenían una casa sucurzal en el Departamento del Durazno, a cargo de otros dos hermanos menores, a quienes habían habilitado.

Estos cuatro hermanos eran vascos franceses, hacía muchos años que residían en el país, y estaban muy bien conceptuados en el comercio de esta plaza.

A dos de ellos, los conocí y traté con motivo de un pleito que les promovieron, sirviéndoles de copista cuando tenían que presentar algún escrito.

Cuando pasaba por la calle 25 de Mayo, hacía escala en el establecimiento para hablar con el joven Arriague, y también con sus hermanos, muy especialmente con el mayor de ellos, muy bromista y coqueto.

Este y su hermano Bautista, eran los capitalistas a cargo de la casa principal, y los otros dos, en calidad de habilitados y protegidos de aquéllos, regentaban la casa-sucursal en campaña, obteniendo grandes utilidades.

Una mañana que leía yo "La Nación", diario redactado en aquella época por don Ramón de Santiago, después de terminar el editorial, pasé a la sección de noticias, en la segunda página, encontrándome con la siguiente, consignada en caracteres marcados por el tamaño y por el color negro subido de la tinta empleada: "Asesinato de los hermanos Arriague en el Departamento del Durazno; saqueo de la casa de negocio en Cuadra, y captura de I. Amaro y alférez Cefirino Pérez (a) "el Barón".

Inmediatamente ordené a mi sirviente, que se dirigiese a la casa de la calle Juncal y 25, con el objeto de adquirir noticias, mientras yo me vestía a toda prisa. Media hora después regresaba diciéndome que al llegar al lugar indicado, se encontró frente al establecimiento de los Arriague; que sus puertas estaban cerradas y que un vecino, observando que alguien se disponía a golpear en la trastienda, le advirtió que era inútil, pues los propietarios habían despachado a los operarios a primera hora, saliendo urgentemente para el Durazno, de donde habían recibido anoche la fatal noticia del asesinato de sus dos hermanos en la sección de Cuadra.

Después de esto, agregó el sirviente indicándome el diario que tenía en mis manos:

—Ese diario debe decir algo.

—Sí, sí,—contesté—ya he visto... ya he leído lo que dice; puedes retirarte y espera mis órdenes.

VI

Sentencias condenatorias

La noticia de este crimen repercutió en todo el país por las circunstancias agravantes que lo rodearon y la condición de las víctimas, con especialidad, en el seno de la colonia francesa, observándose desde el primer día, que el Ministro respectivo, acreditado en el país, desplegó una actividad inusitada acerca de los Jueces y del mismo Poder Ejecutivo, pidiendo justicia con el severo castigo de los criminales.

Estos llegaron a la Capital unos quince días más tarde, y llegaron después de *convictos y confesos* ante las autoridades departamentales, ratificándose en sus declaraciones ante el Juez del Crimen de la 2.ª Sección.

Como es sabido, en aquella época remota, 186... no existían los Jueces de Instrucción, siendo de la jurisdicción de los del Crimen, no sólo el juicio plenario en todos sus trámites, sino también la instrucción de los sumarios.

El que se inició con motivo de este crimen, no fué laborioso, pues, como dejo dicho, los prevenidos resultaron *convictos y confesos*, bien que Amaro alegaba no haber tenido participación en el hecho, sino que habiendo podido influir para impedirlo, no lo hizo.

Sin embargo, con salvedad y todo, y a pesar de que Amaro gozaba de excelente opinión y de gran-

des simpatías, fué condenado a muerte, lo mismo que lo fué Ceferino Pérez (a) "el Barón".

Durante la segunda instancia ante el Tribunal de Apelaciones, la causa sufrió retardos que tomaron más del doble del tiempo que se empleó en la primera, y esto dió mérito a que el Ministro Francés se excediera en sus impaciencias, pretendiendo ejercer cierta presión en el ánimo del Gobierno, a quien se atribuyó el deseo de que se salvase a Amaro, teniendo en consideración la circunstancia de no haber sido actor en el asesinato y a sus largos y buenos servicios prestados en distintos cargos que había ejercido.

Para ello, se alegaba por el defensor, la necesidad de establecer el grado de responsabilidad entre Amaro y "el Barón"; ejecutor este último del hecho delictuoso, cuando Amaro sólo jugó un rol relativamente pasivo.

No es mi objeto detenerme a tratar este punto; me limitaré, pues, a decir, que la sentencia de primera instancia fué confirmada, constituyéndose en capilla a los reos, luego que el Poder Ejecutivo puso el cúmplase a la ejecución ordenada por los Tribunales.

VII

La ejecución

La plaza Treinta y Tres, que siempre y hasta hoy mismo se ha conocido y conoce por de "Artola", era el año de 1867 llamada también por el

nombre de plaza de "Carretas", por ser el lugar elegido por los conductores de éstas con cueros, cerda, lana, maderas, alfalfa seca y otros artículos de barraca.

A principios de 1869, se convirtió en plaza de paseo con la colocación de plantas, de una baranda de hierro en sus cuatro costados y de una fuente en el centro, debido esto, a la iniciativa de los doctores Requena y García y González y don Eulogio de los Reyes, vecinos y propietarios de aquella localidad.

Encabezando una suscripción, pudieron reunir con su concurso y el de don Carlos Navia, señor Yéregui, don Bernardo Aguerre, señores Carrao y Ferrés y otros, una fuerte suma que pudo cubrir en su totalidad el presupuesto de los gastos que aquella mejora importaba.

Desde entonces, pues, la plaza de Ariola, o sea de Carretas, se transformó en una de tantas plazas públicas de esta ciudad.

El día de la ejecución de Amaro y "el Barón", amaneció nublado y lluvioso; a las 7 a. m., un batallón de línea, bajo las órdenes del comandante don Lorenzo Pérez, procedente del Cuartel de Dragones, se dirigió a la plaza de que acabo de ocuparme, designada de antemano para aquel acto, y si mal no recuerdo, concurrió también a formar el cuadro, otro cuerpo de la guarnición de la Capital.

El cuadro lo mandaba el entonces coronel don

Andrés Gómez, montado un caballo zaino, brioso e inquieto, enjaezado con ricas prendas.

En aquellos tiempos, y como el lector tendrá ocasión de verlo, a estos actos se les daba la importancia debida; los jefes y los cueros que comandaban, vestían de gala y el cuadro era formado por dos batallones, cuando menos, aparte de otras formalidades, que más tarde cayeron en desuso.

Hacia ya media hora que habían llegado los dos cuerpos de línea, y que se habían materialmente obstruido las cuatro calles laterales de la plaza por inmensa concurrencia, cuando se sintió por la Avenida de 18, a la altura de la calle Ta^{ca} cuarembó, un tropel de caballos, observándose a la vez, que en aquella dirección se dirigían todas las miradas de los millares de individuos que ocupaban la calle lateral del sur y las azoteas del mismo lado.

Acababan de dar las ocho, y no podía tratarse sino de la llegada de los reos, pues se sabía de antemano, que media hora antes, más o menos, debían salir del Cabildo, que era entonces la cárcel pública.

Efectivamente, minutos después de esa hora, se presentaron frente al cuadro, y siempre sobre la Avenida 18, varios carruajes conduciendo a los reos, precedidos de un piqueta de caballería y acompañados del Actuario del Juzgado del Crimen, defensores y dos sacerdotes, viniendo descubierta aquél que conducía a los últimos y a los reos.

Estos y sus acompañantes, descendieron de los

carruajes y entrados en el cuadro que formaban las tropas, no tardó en leerse la sentencia a los condenados, que la oyeron de rodillas, haciéndoseles ocupar momentos después los dos banquillos que se habían colocado sobre el muro Este de la plaza, a cinco metros de la Avenida 18 de Julio.

Ordenado entonces el pregón por el jefe del cuadro, formalidad que hasta entonces no había dejado de observarse en estos casos, el comandante Pérez, paseándose con lentitud, a caballo, con la espada desnuda, y con pausada y solemne entonación, gritó por tres veces: — ¡Por Dios y por la Patria, pena la vida los reos!... — agregando medio minuto después — ¡pena la vida el que pida por los reos!... — siguiendo a este fúnebre pregón, un silencio profundo y prolongado.

Los tiradores se encontraban a cuatro pasos de los reos y estos últimos con los ojos vendados y asistidos por los sacerdotes que les prestaban los auxilios de la religión.

No faltaba sino una voz de mando, una voz suprema, para poner término a aquel cuadro doloroso, cuando el sacerdote de la izquierda que asistía al "Barón", elevó el brazo derecho, en demostración de algo, que llamó la atención del grupo que le rodeaba y del público también.

El sacerdote que lo asistía se inclinó sobre el reo con repetición, y después, incorporándose por última vez y apartándose a un costado de los tiradores, lo bendijo, cambiando algunas palabras con el jefe del cuadro, coronel Gómez.

Pasaron todavía algunos minutos, que en aquella

situación excepcional para los reos y para los mismos espectadores fueron de profunda ansiedad, pero al fin, sonó el clarín en medio de un profundo silencio y el comandante Pérez, repitió el principio del pregón: *¡Por Dios y por la Patria pena la vida los reos!*... sonando en este momento la descarga, que puso fin a la agonía de aquellos dos infelices, y dió origen a la vez a un imprevisto accidente, que felizmente no tuvo consecuencias.

El brioso caballo del jefe del cuadro se encabritó, parándose de manos y dando un fuerte resoplido; después, paradas las orejas y erizada la crin, trazó con rapidez un cuarto de circunferencia, a la izquierda, apoyado para ello en las patas traseras, y con tal violencia, que arrojó al jinete a tres metros de distancia con vestuario de gala, espada y elástico de cimera azul y blanca.

VIII

Confesión póstuma

Había terminado la ejecución y el numeroso público que la había presenciado abandonó el local repartiéndose en todas direcciones, bajo la impresión del último momento y llevando *in pectore* la curiosidad de conocer la causa de la interrupción que la ejecución de los reos había sufrido, mientras que los cuerpos de aquéllos eran conducidos a la

pequeña y antigua capilla del Cordón para rezársele el responso de costumbre. (1)

Una hora y media después se repartían boletines por toda la ciudad, en que se decía que el "Barón" había confiado al sacerdote que lo asistía, con recomendación de hacerlo saber al Juez una vez terminada la ejecución, y no antes, que fué él, a principios del año anterior, el que asesinó a don Gervasio Herrera, con el propósito de robarle; que a nadie debía inculparse de ese crimen, pues sólo él lo concibió y consumó y que, por consiguiente, no tenía cómplices.

(1) En aquella época los cadáveres tenían todavía entrada en los templos antes de ser conducidos a la última morada.

CAPITULO II

Jugar por tabla

Por el que se demuestra, que un desengaño a tiempo suele dar al traste con las mejores combinaciones.

Prolegómenos

—¿Qué es la *religión*? — preguntó cierto día don Pancracio Arboleya a su viejo e íntimo amigo don Pacardo Meccses.

Este, un tanto sorprendido por la inesperada pregunta, contestó con pausa y absoluta precisión:

Es el culto interno o de conciencia íntima y el culto externo o de formalidades litúrgicas que se rinden y consagran a la divinidad, al Dios único, en muestra de respeto, gratitud, veneración y sumisión; y del mismo modo, se llama así, el culto y veneración que tributan a los falsos dioses algunas naciones o tribus de infieles, idólatras o gentiles.

verdad; hablaba mal de todo el mundo e iniciaba indiscretamente a todo el que quería oírlo, en los secretos de la familia, con otras indiscreciones de igual calibre, que había sabido sugerir y fomentar en el ánimo y en el corazón de la joven, cierta madura aparecera de dobles alforjas, y con pujos de institutriz oficiosa.

III

Estrategia femenil

En íntima relación con "Bombita", pasaba diariamente muchas horas de la noche en casa de ésta, y desde dos meses atrás, una doña Tomasa Malniereca, que así se llamaba, llegando a ejercer una influencia sin límites, aunque indirecta, tan poderosa y eficaz sobre el ánimo de la joven y el del tío, como la que ejercía en su propia casa, sobre todos los habitantes de ella, incluso su padre, que con los ochenta y cinco cumplidos, ni pinchaba ya... ni cortaba tampoco.

Doña Tomasa era de mediana estatura, madura de edad y verde de mollera, y tan retacona, o más que aquella dama que yo conocí, y que en cierta noche tuvo interesante figuración a la par de un bizarro comandante, en la línea de fuego que dividía a principios de la Guerra Grande las avanzadas del ejército sitiador del general Manuel Oribe y la guarnición de esta Capital. (1)

(1) Véase el Capítulo I del Tomo I del "Carnet de un Filósofo de Antaño", por el Licenciado Peralta.

Como su joven amiga, la Malniereca reunía condiciones físicas no despreciables, aunque la acción de los años hubiese marchitado muchos rasgos y hechizos característicos, de los que, en aquella parte, había hecho ostentación y empleo legítimo en su edad juvenil.

A pesar de esto, nada tenía ni tuvo que lucir, por lo que tocaba a sus sentimientos, tan ruines como egoístas, así es que no mostraba mucho empeño en hacerlos conocer, aunque a veces se vendía.

Fué y se mantuvo siempre solterona a falta de un Tarquino a mano, y valerosa en sus apremios e infortunios, haciendo economía de prendas personales por sí al fin encontraba lo que hasta entonces no había encontrado, trataba de aprovechar el tiempo en ese sentido con constancia y habilidad.

Consecuente con este humano propósito, pues ya habían pasado los cuarenta y cinco, invadió la casa de "Bombita", tratando de poner en juego sus ardides y artificios para cautivar a la joven, primero, y seducir después a su tío, con el honesto fin de hacerlo su marido. Además, por este medio podía encaminarlo mejor, a objeto de asegurar su salvación y vida eterna cuando perdiese la eventual y transitoria que hubiese llevado en este mundo.

Sin embargo, temiendo *espantar la caza*, si daba la cara de frente, se valió de la joven después de preparada a su hechura, para que iniciando a don Paneracio en todos los títulos que adornaban a su consejera y amiga, pudiese inducirle, poco a poco, a

que se casase con ella; recursos todos estos, que no reúnan con ninguno de los preceptos contenidos en el catecismo del padre Astete.

IV

El creyente de buena fe

Don Pancracio era un hombre excelente, sin empujón, de estado viudo, de suave carácter, de una buena fe a toda prueba y con pesos para complemento.

Como por lo general no se detenía a meditar mucho sobre lo que se le decía, a veces aceptaba paradojas como grandes verdades, y debido a esta bonhomie que le distinguía, no dejó de verse burlado y ridiculizado con frecuencia, como se verá.

Su esposa, fallecida muy joven, no fué menos buena ni menos ingenua que su marido, y sólo en cierta ocasión, aquélla le obligó a meditar profundamente sobre algo que confidencialmente le dijo cierta mañana y en *agunas* todavía, y más que todo, sobre lo que en *black* se ofreció a su vista, como prueba al canto.

Esa ocasión resultó inesperada y enigmática para don Pancracio, que no había inventado la pólvora para esto de descifrar enigmas: su consorte le confió con la sonrisa en los labios, la grata noticia del advenimiento del primer descendiente para dos meses más tarde; y aún cuando a don Pancracio, a semejante anuncio, se le corrieron las antiparras para detenerse apenas en un *recodo* de su protuberante nariz, la noticia no dejó de

impresionarlo agradablemente y hasta le enorgulleció... Pero... no tardó en reaccionar; cambió su gesto y cesaron sus manifestaciones de regocijo; se rasó la mollera; se quitó las gafas como para ver mejor y no tropezar; tomó en seguida y en silencio su sombrero y su bastón, y respirando con fuerza, se lanzó a la vía pública a paso acelerado.

V

Un caso de admirable precocidad

Dirigióse a la Avenida 18 de Julio, hasta llegar a la calle Méndez, y veinte pasos más adelante, entró en la casa del doctor Francisco A. Vidal, amigo suyo, haciéndose anunciar en el acto.

Para esto, durante el camino, había hecho y vuelto a hacer repetidos cálculos con los dedos, sobre el tiempo transcurrido desde su casamiento hasta ese día, y el hombre sólo llegó a contar cuatro meses escasos, y de allí... ni para adelante ni para atrás...

El diálogo con el doctor, fué breve pero elocuente, y la verdad es, que no podía ser de otro modo.

—Doctor amigo, le dijo don Pancracio, noto cierta anomalía en asunto que mucho me interesa, y deseo me la explique usted.

Después de este corto preámbulo, formuló su consulta... y secándose el sudor de su frente... esperó.

El doctor Vidal, en el primer momento quedó

perplejo sin saber qué actitud adoptar, pues sin necesidad de contar con los dedos, ya había formado opinión, pero se acordó en el acto de cierta anécdota o cuento de almanaque, que le venía de medida, y decidió valerse de él para salir del paso. De manera que, con este medio a la mano, y conociendo, como conocía, a fondo a su amigo y cliente, empezó por calarse su lente que siempre colgaba de su cuello, y recurriendo a una losquilla seca que le era peculiar, contestó sonriente y con admirable tranquilidad y aplomo:

—No debe usted extrañar ciertos fenómenos, que denuncian a cada paso los caprichos de la naturaleza, sobre todo, en esta materia...

—Pero, ¿el tiempo corrido... doctor?...

—Lo que menos importa ahora es el tiempo corrido y el que ha dejado de correr; lo que hay, es que el fenómeno que tanto le preocupa, tiene explicación, — cuando se trata de un *primer caso*, — de una naturaleza precoz, como la de su joven señora...

—¡Oh!... ¡diablo de naturaleza!...

—Y ya verá, — agregó el doctor para concluir, — ya verá usted que de ahora en adelante, es decir, en los casos *subsiguientes*, todo se regularizará y no se repetirán *antecedentes* semejantes.

Don Paneracio guardó silencio por un momento, miró fijamente al doctor, y en seguida, tomando su sombrero y bastón, dijo entre contento y meloso:

—¡Vamos!, al fin veo que la cosa tiene menos importancia de la que yo le había atribuido. —

y con un apretón de manos, se despidió del doctor Vidal.

En el regreso a su casa, en vez de hacer nuevos cálculos con los dedos, ni en ninguna otra forma, recorrió la distancia saludando muy campante a cuanto conocido encontraba a su paso, y hasta haciendo gala y ostentación de sus rasgos de joven, casi olvidados, hizo girar varias veces entre sus dedos índice y pulgar su bastón de ballena y puño de oro, remedando así los juegos malabares que había admitido y aplaudido días antes en el Politeama.

VI

El Padre Benito

He dicho antes, que "Bombita" y doña Tomasa eran tan devotas, como creyente de buena fe don Paneracio, y ahora agregaré, que este último era también muy asiduo a su misa de los días festivos y a todas las ceremonias religiosas, sin excepción, como yo lo soy también.

A pesar de esto, como siempre es bueno distinguir, según se dice en "La Verbena de la Paloma", aunque nuestro hombre creía en Dios a puño cerrado, en la *precozidad* de la naturaleza en ciertos casos... y hasta en los milagros; por más que su sobrina y doña Tomasa tratasen, como trataban día a día, de inculcarle otras ideas avanzadas en materia de creencias puritas, jamás pudieron reducirlo.

Le instaban, por ejemplo, para que se confesase, cuando menos una vez por semana, y él contestaba, que bastaba con una vez al mes, pues sus pecados no los tenía tan a mano como aquéllas lo suponían, y que él no podía inventarlos; pero entonces doña Tomasa le preguntaba, cómo era que no tenía nada de qué acusarse al cabo de una semana, cuando ella se veía obligada a hacerlo diariamente, y algunas veces, teniendo a mano al padre Benito, lo hacía dos veces y hasta tres...

—¡Vaya una gracia! — replicaba entonces riendo don Paneracio, — consiste, sin duda, en que tenía usted a mano al reverendo... y a la ocasión la pintan calva. Además, de seguro no le faltaría a usted qué *desembuchar*, porque, perdóneme: se me figura, sin ofensa para usted ni para nadie, que sobre su conciencia han de pesar más sus pecados de un solo día, que sobre la mía los de toda una semana.

—¿Por qué? — preguntó con presteza doña Tomasa arrugando el entrecejo, y a la espera de la respuesta.

—Porque mi amigo don Pacardo Meneses me ha dicho siempre, que cuando las devotas se confiesan con frecuencia, es porque mucho han pecado y desconfiado de Dios. ¿será acaso cierto?...

—¡Desvergonzado!... ¡Y usted también?...

Don Paneracio se sonrió... continuando después en estos términos:

—Yo soy creyente como él, y como usted, pero en la vida arreglada que he llevado, siempre traté de ajustar mi conducta a los dictados de mi con-

ciencia, que jamás me engañó. En efecto, siendo innata en la criatura humana la noción del bien y del mal desde que Eva tentó a nuestro padre Adán con la malhadada manzana, del mismo modo que las Evas futuras habrán de continuar tentando a todos los futuros Adanes, la conciencia de cada mortal ha resultado infalible. Ella atestigua lo que es bueno y lo que no lo es, y si alguna vez resulta error, es el hombre quien lo comete, cediendo a sus pasiones, y jamás la conciencia; así es que, cuando después de mis actos, no me asalta pesar ni remordimiento alguno, me siento feliz, almorzando y comiendo bien y durmiendo mucho mejor.

—¡Qué teorías más absurdas!... murmuró la devota.

—¡Ah!... — agregó imperturbable don Paneracio, — olvidaba decir a usted sobre este punto, que mi amigo piensa exactamente lo mismo que yo.

—¡Vamos! Veo que ese mentado amigo, — continuó aquélla con despecho, — es un hablador y un apóstata peligroso, y mucho extraño que usted invoque sus dichos y predicciones como si se tratase de un oráculo o de un profeta...

—¿Por qué no invocarlos, cuando pienso lo mismo que él?...

—¡Farsante! — exclamó la Malmiereca, y después de una pausa y con marcada ironía, preguntó: — ¿No es este el que días pasados alborotó el barrio "Garibaldi" porque una de sus hijas haciendo gimnasia cayó de un trapecio, fracturándose el brazo derecho?... ¡Ah! Vamos; ya lo decía

yo y mi capellán... que casi habría sido una solución para librar a esa joven de las doctrinas perniciosas de semejante padre, el que hubiese sucumbido... y este último con preferencia... pues al fin, fué él el inventor del trapecio y de otros aparatos de ejercicios físicos, peligrosos para una niña de diez años.

— ¡Bravo! ¡Bravo! — exclamó impresionado don Paneracio, — ¡mil veces bravo!, pues la verdad es que no se anda usted con chicas en materia de *soluciones radicales*. Confieso que no conocía sus humanos sentimientos, y crea usted que no lo olvidaré. ¡Diablo con las soluciones!... ¡la hija, y en defecto de ésta, el padre... una y otro al *hoyo!*... y en cuanto a usted... al *hoyo!* ¡No es mala combinación!... ¡Y qué falta hacía aquí ahora el padre Benito!...

VII

Un tercero en discordia

A esta altura del diálogo, llegó don Pacardo Meseses, el amigo de don Paneracio, quien sólo había hablado dos o tres veces con doña Tomasa, porque ésta tenía por costumbre hacer sus visitas a "Bombita" de noche, para jugar a la lotería con ella y don Paneracio, mientras que don Pacardo venía a diferentes horas del día, pero de noche muy rara vez.

Después de los saludos y cumplimientos a que doña Tomasa correspondió con marcada frialdad,

el visitante fué instruído por el dueño de casa, del tema sobre que versó el diálogo que acababa de sostener con aquella señora, sin omitir, como chiste, aquello de la *solución* conforme a sus convicciones de católica, en lo cual, como se comprende, don Paneracio, con chiste y todo, estuvo indiscreto a más no poder.

Su amigo, al oír la última parte de la confidencia quedó estupefacto, guardó silencio por un momento, mirando alternativamente a don Paneracio y a doña Tomasa... y después de colinear su sombrero en un rincón, así como el paraguas de que se había valido al salir de su casa, pues el tiempo amenazaba lluvia, dijo con suma calma y ligera emoción:

— ¡De manera... que yo he debido quedar tan fresco con la fractura del brazo de mi pobre hija y aún con la caritativa *solución* proclamada por esta cristiana y piadosa señora para el caso de que esa *solución* se hubiera producido! — y después agregó, haciendo una reverencia a la Malmierca: — por supuesto, que prescindo de sus buenos deseos por lo que atañe a mí... y volvió a inclinarse... Me recuerdan estas monstruosidades, la entrevista que tuve hace algunos años con un amigo portugués que acababa de perder a su esposa. Hacía dos horas apenas que la habían enterrado, y el hombre se ocupaba de reponer las fuerzas perdidas, comiendo con buen apetito, y tan *resignado* que repitió el plato y aún se preparó a embestir al segundo; el humilde mortal recibió la noticia de la desgracia lo más fresco, como que, según él, la cosa venía del cielo, y contra las cosas del cielo, nadie debe rebelarse ni protestar.

Como a don Paneracio, esta teoría me chocó sobremanera al ver a aquel farsante *empollado*, que no había vertido una lágrima por su compañera a pretexto de que su pérdida la ordenaba Dios, y que, en cambio, se echaba al cinto cuatro platos bien repletos y medio litro de vino generoso. En resumen, este *resignado* a toda prueba, veía en tan censurable proceder, verdaderas soluciones, es decir, la muerte de su mujer y el atracón que acababa de darse.... y.... ¡voto a Cribas! concluyó con vehemencia don Pacardo, que al fin... ya no puedo más y tengo que llamar a cada cosa por su nombre, aunque se desplome el mundo!...

—Pero, — interrogó bruscamente la devota, — ¿qué hay de grave en lo que se ha dicho?

—¿Qué hay? — repitió don Pacardo con severidad... — lo que hay es una odiosa subversión de los sentimientos más delicados del alma, suplantados por una estudiada y falsa indiferencia y absurda conformidad. ¿Para qué son las lágrimas que Dios ha puesto en nuestros ojos? ¿Cuándo es que hemos de derramarlas sino es cuando se trata de las desgracias de la patria o de la pérdida de nuestras esposas, hijos, padres, hermanos o buenos amigos? ¿Qué exóticas y extraviadas doctrinas son éstas, por Dios!... ¿Y es con tales fingimientos y mistificaciones que se trata de justificar y prestigiar las doctrinas religiosas, cuando todo no pasa de una ficción y pantomina despreciables? Llorar por nuestras desgracias y las de nuestras afecciones, no es protestar contra Dios; es ceder al sentimiento y pena que nos embarga por voluntad de

ese mismo Dios que ha puesto aquel sentimiento en nuestro corazón y aquellas lágrimas en nuestros ojos!...

Después, temblando de emoción, agregó con ligero acento de ironía, y marcando las palabras:

—Por otra parte, es lástima que no tenga usted un hijo o hija que pudiera ofrecer a Dios en holocausto para redimir sus muchos pecados, a propósito de los sentimientos de caridad y piedad que usted abriga en favor de sus semejantes!...

VIII

La de San Quintín

A esta altura de la desagradable explicación, que sin quererlo había provocado don Paneracio, doña Tomasa perdió la moderación, y a su vez la perdió don Pacardo, el cual, entre muchas verdades que le cantó a la devota, le adelantó que sus planes, tanto con relación a don Paneracio como a su sobrina la joven "Bombita", iban a fracasar desde ese momento.

—Veremos, — dijo ella a gritos, — veremos cómo aparta usted a esa niña del buen camino en que la he colocado.

—¡Mentira! Es en el camino del fingimiento, de la gazmoñería e indiferencia por el mal ajeno, y por el propio mal, en el que usted la ha iniciado... sí señora... y no se sulfure ni grite más, porque es inútil y estamos al fin en casa ajena.

En esto dieron las 7 de la noche, y aún se oían

las últimas vibraciones del timbre del reloj del comedor, pieza en que tenía lugar esta escena, cuando después de un deslumbrante relámpago y formidable trueno, empezó a llover con fuerza.

Doña Tomasa, en el paroxismo del furor, después de las últimas palabras de su adversario, ahogada por la rabia y haciéndose aire con una pantalla que tomó de encima de una mesa inmediata y manejaba nerviosamente con la mano derecha, con la izquierda, y quizás en prudente previsión cuando caer la copiosa lluvia, echó mano a la *carluchera*... quiero decir, a sus polleras, faldellín y demás zagalejos, arrollando aquella tibia trapera hasta formar con ella un envoltorio, que después llevó hasta la cadera izquierda, al mismo tiempo que dejaba al descubierto una robusta pantorrilla, enfiada en media blanca, y esto, en actitud resuelta de abandonar la casa.

Don Paneracio, en tono deprecatorio pretendió calmar a la iracunda devota, sin duda respondiendo al recurso de sus proyectos galantes, concluyendo por ofrecerle su brazo y un paraguas, pero sus exhortaciones y ofrecimientos fueron desatendidos con frases hirientes y gesto despreciativo... Al fin, la susodicha dió dos pasos en dirección a la puerta de salida, y volviéndose de pronto, livida de cólera e indignación, apostrofó duramente a don Paneracio y a su amigo, calificando al primero de papanatás y al segundo de entrometido y adúltero, abandonando en seguida el local.

Ya en medio de la Avenida 18 de Julio y del copioso aguacero, y sin saber qué dirección tomar, tan aturdida se encontraba, avanzó unos pasos hacia el lado opuesto de la vía, pero se apercibió que dos automóviles venían en su dirección a gran velocidad, y le asaltó el temor de que la llevaran por delante.

Retrocedió entonces, y de nuevo trepó a la acera, y ya más fresca la mollera y siempre con los zagalejos y pantorrillas en ventilación...

"A la mujer y al fraile"

"Que les dé el aire"...

doña Tomasa bajó hasta la calle Colonia y se detuvo un momento frente al N.º 2138, casa ocupada por un amigo de su juventud, a quien se le ocurrió pedir auxilio en el primer momento, pero luego recordó que el tal amigo, se encontraba enfermo a consecuencia de indiscreciones propias de los 80, y no quiso ser inoportuna. Tomando entonces nuevos bríos, dió veinte pasos al Este y llegada a la esquina con la cabeza aún caliente y los pies mojados, dobló rápidamente a la izquierda, debatiéndose en medio del barro, del agua y de los truenos y relámpagos que la acariaban, para perderse después en las penumbras y resbaladizas recovecos de la calle *Sal-si-puedes*.

IX

Las tostadas y las Témperas

Sólo Dios sabe los serios aprietos en que se encontró la cuitada Amaridis durante la peliaguda travesía, pero, como todas las cosas tienen fin, ésta lo tuvo. Lo primero que hizo doña Tomasa fué desprenderse, con auxilio de su sirvienta, de sus vestidos exteriores, avanzando hasta sus más íntimos y pudibundos zagalejos, que destilaban agua y que tibiaos y humeantes se adherían a su cuerpo, ofreciendo seria dificultad para desprenderlos.

Luego de bregar un rato, logró verse libre de la última pieza de su indumento, y arrebujada en el lecho que encontró delicioso después de los tranques amargos de aquella noche inolvidable, esperó a que desaparecieran los últimos síntomas de indignación que le causaran las palabras de don Pacardo Meneses y la tolerancia inconcebible de don Paneracio. Por último, con una cruz que le hizo a aquel ingrato día, y prometiéndose ratos mejores para el siguiente, pues la caridad siempre debe empezar por casa, se entregó a Morfeo, ya que a otro Morfeo no podía entregarse, y la picarona, a pesar de todo, fué entrando en calor... hasta dormirse como una santa.

A las 7 1/2 de la mañana del día siguiente, salió en busca del padre Benito, para comunicarle sus cuitas, iniciándole así, como tantas otras veces, en las intimidades de su vida privada y en las de la

ajena, que es costumbre vieja de muchas devotas.

Media hora más tarde, instalada de nuevo en su casa, volvió a despojarse de sus vestidos, hasta quedar liviana de peso, y aunque la mañana estaba fresca, la caminata y la plática con el padre Benito le habían entonado un tanto y sin duda, para entonarse mejor, desprendió de una perilla de la cabecera de su cama, un zurriago o disciplina, y dándole varias vueltas al aire con gesto decidido, se aplicó dos eintarazos... Sin duda, le pareció floja la penitencia, y entonces se propinó cuatro más, dos de los cuales, aplicados en parte más acústica... dieron la voz de alerta a la sirvienta, que se presentó de improviso a la puerta del aposento.

—¿Llamaba, acaso, la señora? — preguntó en tono solícito.

—Precisamente, — contestó con humildad doña Tomasa, — no he llamado, pero debe usted haber sentido... — y echó una mirada al zurriago que acababa de colgar en la perilla de su cama.

—En ese caso, — agregó la sirvienta dándose cuenta de lo ocurrido, — desea usted ahora el desayuno de costumbre... aunque ligero...

—Sí, Lulú, — contestó la interrogada, — tráigame usted el chocolate... sí, tráigamelo... que bien lo necesito.

Y como la llamada Lulú, amagase a salir en busca de lo que se le había pedido, su patrona, más ligera que ella, agregó con precipitación:

—¡Con tostadas, Lulú!... ¡Con tostadas!...

—¿A pesar de la penitencia?... — se atrevió a observar aquélla, deteniéndose, indecisa...

—Sí, sí... con tostadas... como que *nada* tienen que ver las... *tostadas con las tómporas*.

Lulú quedó perpleja, procurando encontrar alguna relación allí en donde doña Tomasa no encontraba ninguna, y después de un momento, convencida de que aquélla tenía razón y conteniendo la risa, desapareció por la misma puerta que le había dado entrada.

CAPITULO III

El Arte y el Oro

De cómo el ingenio del hombre, en casi todas las circunstancias de la vida, tiene que ceder ante la muda elocuencia de un vil metal y de las exigencias del «lábaro» del estómago.

I

Teorizando

Así como la comparación es base de los juicios, y a éstos alcanza la presunción favorable de exactitud, porque nadie razona y discute con el objeto de llegar al absurdo sino a la verdad, con todo, puede ella conducirnos a conclusiones deleznable, si no saben apreciarse las cosas con reposado criterio.

En asuntos complejos, cuando se trata de distinguir, es necesario haber vivido y observado mucho; y no es aquel que ha visto el mundo por el ojo de una cerradura, el destinado a formar juicio exacto sobre los graves problemas que se ofrecen al hombre en la lucha por la vida.

Un intelectual, un obrero y un potentado, si en muchas cosas coinciden, se distinguen en muchas más con relación a las tendencias que les imponen su temperamento y respectiva condición social.

Un intelectual argüirá con las ciencias y otro con el arte y quizá no falte quien lo haga por sólo amor a él; el obrero, argüirá a su turno, haciendo caudal decisivo de su pujanza y fuerza muscular, y por último, el potentado lo hará con su capital, con su oro, sin el cual, según él, no hay músculos, ni intelectualidad, ni ciencia, ni arte que valgan: cada una de estas entidades se considera una potencia, e indudablemente, que las tres lo son.

Doña Sotreta Parallada, siempre pensó así, es decir, como pensaría el capitalista o potentado; pero, de otro modo pensaba su hija mayor, que jamás salió a la calle sin un libro de versos o de música debajo del brazo y caladas sus gafas de oro.

Amalita había leído y cantado mucho... mucho... había llegado a familiarizarse con las doctrinas modernas más avanzadas y con las melodías más tiernas, y para ella, todo estaba subordinado al arte, moviéndole a náuseas la argumentación vulgar en favor del insano apego del dinero, de que hacía gala la autora de sus días.

Entretanto, desde que la permuta de antaño fué sustituida por el contrato bilateral de compra-venta, las monedas de acero por las de oro y plata de hoy, el precio efectivo es el que valora lo que produce la intelectualidad y el músculo del

hombre, y aunque algunos profesan y aman el arte por el arte mismo, y no por lo que puede producirles, el hecho es que con esta salvedad y todo, el músculo, el arte y las ciencias, y lo que surge de unos y de otras, cualquiera que sea su importancia, tiene que traducirse forzosamente en el materialismo de la moneda sellada o del billete de banco: sin una u otro, puede beber el que tenga sed, pero lo que es comer... lo dudo.

No hay vuelta que darle, porque todas aquellas lindezas y pulcritudes, aquellos ascos y repugnancias por el vil metal, tienen que convertirse en inusitada satisfacción y alegría, cuando en el fondo de la faltriquera de un obrero o de un intelectual, exhausta hasta momentos antes y después de larga abstinencia, se palpa aquello que faltaba para resolver algún urgente y serio problema del hogar o algún antojo del momento.

II

¿Qué es el arte?

¿Qué es el arte? El arte es el conjunto de preceptos y reglas para hacer bien alguna cosa, y se llama así también, toda obra o cosa en que interviene el saber, la industria o habilidad del hombre.

Esta definición basta por sí sola para explicar el alcance e importancia del arte, haciéndose aquélla más tangible si nos particularizamos con todas sus manifestaciones, ya se trate de la pintura, de

la música, de la escultura, como de los recursos o industrias a que puede extenderse para merecer la protección de los que se consideren habilitados para dispensarla.

De aquí puede deducirse, que el arte por el arte mismo, sin traducirlo en estudio y en hechos, es equivalente a cantar a la luna. Un pintor de cuadros entre nosotros, si los pinta bien aunque no teorice sobre el arte de pintar, es posible que encuentre algún inteligente aficionado que se los compra, y si al fin y al cabo, el hombre no medra, medrará aquel a quien en vez de pintar cuadros, le dé por pintar puertas y ventanas con menos competencia y menos trabajo. Del mismo modo, si se tratase de un músico, éste tendría más que esperar, dominando bien un instrumento, que de sus concepciones líricas, como compositor a secas, y tal vez sin preparación, por añadidura.

En prueba de esta afirmación, ahí están las obras de nuestro apreciable maestro Giribaldi, "Parisias" y "Masfredo di Srevia", que después de su estreno duermen el sueño del olvido, y el autor, joven cuando las escribió, y contando a la fecha cerca de setenta años, vive expuesto a no verlas más en escena.

En igual caso se encuentra "Liropeya" del maestro Ribeiro, sin encontrarse en mejor situación Berratti, el compositor argentino, con su "Taras Vulva", "Hárrida Nos" y "Juan Moreira", que por sus títulos llegan hasta meter miedo.

Creo, pues, que hoy por hoy, no hay ambiente

en América del Sur para digerir estos platos, al menos mientras no tengamos conservatorios bien administrados y mejor servidos por profesores de nota y sujetos a una reglamentación, que con las demás condiciones que acabo de enumerar, den seriedad y prestigio a aquellos institutos.

De otro modo, y sin dirección artística, no habrá jamás ambiente para nuestros incipientes compositores, no se hará otra cosa por éstos, que perder lamentablemente el tiempo; jugar como juega el niño con un objeto cuyo mecanismo no conoce y que, para conocerlo y satisfacer su curiosidad, concluye por romperlo.

III

Res non verba

Excusado es decir, que el dueño de casa, don Gilberto Parallada, opinaba sobre el particular como su señora, y no era poco lo que le hacían pensar las tesis que sostenía su hija mayor, la cual sólo se dignaba hablar del dinero, cuando se habían agotado sus temas literario-musicales, y cuando necesitaba comprarse un buen vestido o alguna otra prenda de valor.

—¡Pero muchacha! — le decía entonces su padre — ¡qué tiene que ver con el arte la necesidad de ese vestido o esa prenda que ambicionas?

—En rigor, nada tiene que ver, — contestaba Amalita sin vacilar, y sonriendo con malicia...

—Pues, ¿y entonces?...

—Pero, — agregaba en seguida — no tiene que ver con el arte, pero sí con tu bolsillo... — y se quedaba tan fresca.

En las ciencias, en las artes, en los oficios relacionados con las industrias y trabajos de todo género, hay siempre que exteriorizar en hechos prácticos, en *dinero*... las teorías que les sirven de base, de manera que no basta meditar en su grandeza y alimentarse de líricas concepciones, sino que, como dejó dicho, es preciso *estudiar* y *hacer*, bajo dirección competente, para asegurar el provecho que aquellas ciencias, artes o profesiones, nos pueden proporcionar.

¿De qué nos habrían valido los inventos de Fulton y de Marconi, sin la aplicación que éstos les dieron a las industrias y a otras necesidades de las sociedades, del comercio y de la navegación?

A este objeto se han dirigido siempre y se dirigen hoy mismo, los esfuerzos del hombre, y no por el solo goce platónico de haber logrado triunfar haciendo aquellas conquistas para gozarlas en profundo silencio y éxtasis indefinidos.

Nadie puede discutir la influencia benéfica de las bellas artes sobre el ánimo y los sentimientos del hombre, enseñándole a pensar y a sentir con mejor criterio y mayor conciencia, pero tampoco puede negarse, que antes de estas conveniencias consultadas por medio del arte, hay otras que se imponen con mayor fuerza, por los valiosos intereses que afectan y perjuicios que su olvido podría aparejar.

Antes que bellas pinturas y sentidas melodías, antes que tiernos trovadores, que no son indispensables en absoluto, se necesitan obreros y muchas cosas que no es preciso enumerar, y que se relacionan con la conservación, progreso y porvenir de las sociedades.

IV

Tres émulos de Apolo

Carlitos Chaplin y Carlitos Warren, p. ej., — y va de Carlitos, — son dos émulos de Apolo, admiradores de este Dios, y que miran por encima del hombro a Saturno, Minerva, Ceres y a todos sus adeptos; pero, sin embargo, no se ofuscaron y preocupándose más de la aplicación del arte con el legítimo propósito del lucro, que del arte en sí mismo, ambos han sabido conciliar el culto por él con la regularización de su sistema de vida y bienestar consiguiente.

Carlitos Warren ha organizado una pequeña orquesta; ejecuta piezas escogidas, que forman su selecto repertorio, concurrendo para ello a los centros sociales que necesitan de su concurso, a diferencia de Carlitos Chaplin, residente lejos de aquí y que explota su arte en un ambiente distinto, que si no lo eleva a la altura a que puede elevarse un cultor de la pintura, de la música o de las letras, al menos lo aplica a la maestría necesaria, que no deja de ser un arte, para hacer zancadillas y dar mandobles, empellones y puntapiés, sin cau-

sar daño, ni causárselo, conquistando, a la vez, calurosos aplausos, grandes honores y muchos miles de dollars.

A pesar de esta diferencia de vidas y de actuación, ambos trabajan obedeciendo a la ley de Dios, que condenó al hombre a vivir del sudor de su frente; se bastan a sí mismos, y no habiendo podido *heredar* la independencia, tan deseada y apreciada por el hombre, ni *ex testamento* ni *ab intestato*, han sabido *adquirirla* con el arte en sus respectivas y prácticas manifestaciones, auxiliados por la fe, el trabajo y el tesón.

Amantes y admiradores del arte, jamás se les ocurrió entregarse a la tarea de cantarle hosanas y prenderle velas, ni soñar con creaciones fantásticas, sin salida ni valor en plaza, y que significando mucho por la muda y reflexiva contemplación, poco o nada significan en el sentido práctico, traducido en satisfacer con su ejercicio las apremiantes necesidades de la vida.

Y con idénticas convicciones, aunque con distinta vocación, Carlitos Chaplin y Carlitos Warren, tienen hoy vida y representación propia, y hacen gala de una independencia legítima, bien adquirida y mejor disfrutada en el escenario del arte en el de la misma sociedad en que actúan y de cuya protección han sabido aprovecharse.

Un Tiburcio Gades, otro émulo de Apolo, a quien conocí en el Pueblo de La Paz en 1876, sin duda elevando su espíritu en medio del prosaísmo de la vida que se veía obligado a llevar, se engolfó

de tal manera en los secretos y misterios del arte, que no concebía ningún acto suyo, cualquiera que fuese su tendencia, sin ver en él un rasgo, un destello de eso que así se llamaba.

Así, tomando como uno de tantos destellos la explotación de la leche de vaca, estableció un *tambo* en los suburbios del pueblo, y en defecto de circulares anunciando su nueva industria, se decidió por visitar a domicilio a las familias que componían la población en aquella época, no sólo para pedirles su protección, sino también para ofrecerles su pericia como garantía, afirmando para ello, con aire de convicción, que *conocía el arte* (textual).

¡Vaya un arte!, dirá alguien, pero a mi vez diré yo que al menos Gades *hacía*, y *hacía* aplicando a una ocupación útil, necesaria, lo que él en su ignorancia y candidez, calificaba de arte.

v

"Salud, campo y vacas"

Todos los hombres no tienen igual criterio, y es muy posible que no falte quien pueda censurar a aquellos dos Carlitos y a Tiburcio también, como sucede cuando se desciende, como han descendido ellos, a poner en parangón y en aparenta al arte con el oro, aunque éste sea, como es, uno de los importantes factores de la vida humana.

¿Cómo puede producirse semejante aberración?, ¿es que hay quienes conciben el arte ideal, el arte

en sí, sin otra significación que el culto por él? ¿acaso protestan contra la simple pretensión, de que todas las idealidades y fuegos fatuos de la fantasía, se materialicen al fin, para llegar al oro, como trataron de llegar en el Rhin los nibelungos de Wagner?; ¿consideran, por último, una profanación inaudita la de concebir a un tiempo estos dos pensamientos, dominados por lamentables cavilaciones ideológicas?

En este sentido abstracto y cediendo a una vocación irresistible y hasta cierta idolatría o ilusionismo disculpable, con razón presumen los que, como Amalita, rinden ciego culto al arte *por el arte*, en dar a éste señalada preferencia en su esencia y significación a las mismas ciencias, por que para ellos la Jurisprudencia, la Medicina y la Cirugía, la Ingeniería, la Astronomía y las Matemáticas, ocupan un segundo plano, y esto con especialidad, cuando se trate, no del arte en general, sino de la música en particular.

Y aunque esto me parece—y a otros les parecerá también,—una verdadera herejía, una verdadera monstruosidad, que sólo puede atribuirse a un ciego fanatismo o apasionamiento, el hecho es que no falta quien, como la hija de Parallada, amamanten estas ideas y procuren encontrar en ellas la piedra filosofal que Franklin buscó inútilmente, en medio de sus horas de insomnio y profunda meditación.

La salud, la tranquilidad de ánimo y el dinero, son los grandes factores de la felicidad: "salud, campo y vacas", como dicen los rurales.

La salud, comprende el bienestar del ánimo y del cuerpo, y en el primero de éstos se comprenden el cariño de la familia, las buenas amistades y el respeto y consideración a que en sociedad se haya hecho uno acreedor, pero el indispensable complemento de estos bienes, lo constituye el oro.

Son estas, de seguro, las circunstancias que garantizan el bienestar; y constituyendo, como ellas constituyen, verdaderas aspiraciones para el hombre honesto y práctico, es lógico suponer que deba ser para él inapreciables y lo que en primer término lo preocupe y seduzca.

VI

Soñar despierto

Los idealistas y soñadores, tienen que descender de las alturas a que se elevan, para familiarizarse una vez por todas con las realidades de la vida. Soñar durmiendo, es explicable, y en tal condición, puede jugarse cuánto se quiera con el destino de las familias y con el propio destino; pero, soñar despierto es sencillamente humorístico con sus ribetes de censurable insensatez.

En los actos más delicados del hombre, en medio de sus dorados sueños, en el de una escena tierna en que concurren las más conmovedoras emociones, en tales casos, por no decir en estos y en todos, la traducción forzosa es siempre, tiene que ser, el vil metal, que si puede afirmarse que no debe constituir jamás un fin, habrá que convenir forzosa-

Pero, es que hay más: tendría siempre que distinguirse, pues ya se trate de un cuadro o de una composición musical, el mérito de la obra no siempre tendría que estar en el autor, pudiendo tenerlo el intérprete con facultades muy superiores, hasta asegurarle un éxito y brillo con el cual no había soñado el autor.

¡Recuerdo tantos casos que confirman esta doctrina!

Y, a la verdad, ¿qué éxito tenían, leídos, los sermones del doctor Mageste, fuera de su mérito literario? No vale la pena de recordarle, y entre tanto, ¿cuál era ese éxito, pronunciados por el notable orador sagrado? ¿Qué importancia y vida ha tenido la ópera "Marcela" de Giordano, estrenada en el Constanza de Roma en 1908? ¿qué camino ha hecho desde entonces? Ninguno, y sin embargo, fué De Lucia, el notable tenor, el intérprete, en una palabra, el que aseguró el éxito estruendoso de aquella noche. ¿Qué habría sido como producción teatral la "Gioconda" de D'Annunzio con todo su mérito literario, sin la magistral interpretación de la Eleonora Duse, a cuyos pies no pudo menos de prosternarse el ilustre literato italiano?

VIII

"El Becerro de Oro"

En fin, para terminar, y recapitulando los extremos de esta ya larga peroración, diré: que en la escala del saber, todos son grados en su respectiva esfera y perfección.

Nadie podrá negar la grandeza del arte en sí mismo, ni la gloria que cabe al dios Apolo por la honrosa personería que ejerce en competencia de la que a su vez ejercen los demás dioses de la Mitología; pero, el que más elevada opinión tenga del arte, a cada instante tendrá que descender de su vaporosa y diáfana fantasía hasta palpar la condición prosaica, pero práctica, de los que, a pesar del arte por el arte, rindan por necesidad y convicción, inevitable culto y homenaje al "Becerro de Oro".

CAPITULO IV

Un Baile de máscaras

Recuerdos retrospectivos del Sitio Grande

I

El viaje

Una mañana del mes de febrero de 1851, acababa de despertarse nuestro conocido joven Arturito, que figura en tres o cuatro capítulos del "Carnet de un Filósofo de Antaño", obra de que soy autor, cuando su mamá le dijo con cierta reserva:

—Mira, Arturito, que es necesario que durante la semana que corre, repases perfectamente todas tus lecciones, si es que quieres recibir una sorpresa agradable...

—¿Cómo que repase mis lecciones — observó el joven con extrañeza — si estamos en vacaciones todavía?

—Ya lo sé, — continuó su mamá, — pero las clases empiezan a funcionar el 1.º de marzo; estamos ya a 4 de febrero, y es bueno que estés pre-

parado para tu ingreso al aula de Matemáticas; ¿no es por esta materia, que vas a empezar los estudios preparatorios en la Universidad?

—Sí, señora... y esté usted tranquila, que me portaré bien; encuéntrame bastante fuerte en Aritmética mercantil, que es lo principal para empezar el estudio de la *razonada* que debe preceder al Algebra...

La señora pareció satisfecha con las seguridades que le ofrecía esta contestación, y mirando fijamente a su hijo:—Pues bien, le dijo sonriendo, midiendo las frases y dejando para el final lo de más interés: sabrás, que la semana entrante, aprovechando el Carnaval...

—¿Me permitirá usted disfrazarme? — interrumpió impaciente Arturito.

—No se trata de eso, por ahora, sino de algo mejor... porque, iremos al Cerrito a visitar a tus hermanos, para estar aquí uno o dos días antes del 1.º de marzo.

El joven no pudo contener su alegría; brincó de contento, y momentos después hacía inventario de los dos únicos trajes con que contaba, y de los demás complementos indispensables para un viaje como el que iba a emprender.

Poco o nada repasaba sus lecciones, no obstante el compromiso contraído, y durante los días que faltaban para el viaje, no hizo otra cosa que formar los castillos en el aire, que todos hacemos en esta vida engañosa, cuando nos vemos halagados por gratas perspectivas o en situaciones difíciles que pretendemos conjurar.

Los días fueron pasando unos tras otros, y durante ellos los aprestos del proyectado viaje fueron adelantando de tal modo, que ya el día 10 no faltaba sino que hubiese oportunidad de poder trasladarse al campo sitiador ya por el muelle de don Samuel Laffone, en la playa de la Teja, o por el puerto del Buceo, pues por tierra no se obtenía licencia de los beligerantes, sino en casos muy especiales.

Felizmente, dos días después, el lanchonero Montes, muy conocido en Montevideo y en el Buceo por las funciones que jugaba en aquella época, haciendo frecuentes viajes entre uno y otro puerto, envió un emisario a casa de Arturito para dar aviso a su señora madre, de que el 15, a las 9 de la mañana, saldría su lanchón, si hacía buen tiempo y siempre que el viento no fuese contrario.

Es de advertir, que también en esa época, casi todas las cosas se hacían a dedo, como suele decirse, porque en vez de tarjetas y circulares, telégrafos y teléfonos de ahora, las comunicaciones se verificaban por recados a domicilio, lo mismo en la vía social que en la mercantil.

En esta forma, pues, fueron notificados los viajeros, y desde ese instante todo el mundo corría de un extremo a otro de la casa; patronos y sirvientes, con Arturito a la cabeza, no hacían sino arrastrar baúles, que contenían la ropa de uso; empaquetar artículos de tienda, almacén y confitería para obsequiar con estos últimos a los parientes del campo sitiador a quienes debían abra-

zar, tal vez el mismo día 15, si tuviesen la suerte de contar con buen tiempo.

En esta confianza, y siendo todos optimistas en la casa, ninguno de sus habitantes dejó de dormir esa noche a pierna suelta, soñando con los encantos de la travesía que debían hacer al día siguiente, y con los agasajos que les esperaban al pisar los dominios de la Unión y Molino del "Galgo", en cuyos alrededores vivían algunos de sus parientes y amigos.

II

Hagamos crónica

Durante el sitio de Montevideo, y pasado el primer año sobre todo, las familias que durante ese tiempo esperaban de un día a otro la terminación del asedio y entrada del país en la vía regular, aperebidas al fin de su error y en medio de tal desengaño, empezaron a sentir la necesidad de verse y abrazarse.

Fué entonces que se iniciaron distintas gestiones, tanto en la Capital como en el campo sitiador, para que las autoridades acordaran permisos para que pudieran celebrarse entrevistas de familia, ya trasladándose sus miembros de un punto a otro por una pequeña temporada, ya citándose para un día y punto fijo en la línea de fuego y campo neutral.

Obtenida la autorización solicitada, gracias a valiosos empeños, los permisos para lo primero se

otorgaban a las personas mayores de edad, y sus familias, pero para lo segundo, sólo a los menores de doce años. Para esto, acompañados los menores por sus padres o personas caracterizadas, se presentaban de una parte y otra a los jefes de línea exhibiendo aquellos permisos.

Estos últimos eran otorgados por el jefe de Estado Mayor de la plaza y por el Secretario privado del general Oribe, don N. Dañobeitia, ediciones éstas equivalentes a Carralón de la Rúa y al doctor Angel Brian, con iguales deberes y atribuciones.

Los niños que debían entrevistarse, avanzaban en la línea hasta un punto que se les indicaba de antemano, y al salir uno, p. ej., de las avanzadas de la guarnición de la Capital, salía el otro de las avanzadas del ejército sitiador, siempre a la vista de las personas que los habían acompañado y del jefe u oficial de cada línea de fuego.

¡Así se verificaba el encuentro y entrevista de los hermanos, separados por las circunstancias que dividían a la familia uruguaya en aquella época de triste recordación, para concluir veinte minutos después por alejarse poco a poco unos y otros con signos elocuentes de tierna y dolorosa despedida!

¡Cuántos cuadros idénticos se presenciarian hoy mismo, no obstante los casi sesenta y siete años transcurridos, si pudiésemos que representar escenas tan tocantes y dolorosas por no haber llegado aún, como dice nuestro distinguido compatriota e ilustrado publicista doctor Melian Lafinur, en su

último libro, a la actuación benéfica de las agrupaciones ajenas al tradicionalismo partidario!...

Algunos casos de estos presencié hasta entre miembros de mi propia familia, y tuve ocasión de observar, que a todos producían iguales emociones y pensamientos idénticos, que jamás he podido olvidar.

Tanto en estas entrevistas de familia en la línea de fuego, como en las que tenían lugar haciéndose la travesía por el Buco o el muelle Lafone, en los mismos permisos a que antes me he referido, se autorizaba al portador, con más o menos largueza, para llevar consigo, gallinas, pollos, patos, huevos, queso, manteca y otros artículos inapreciables en la ciudad sitiada, si aquél procedía del ejército sitiador; así como dulces de confitería, algunas telas en cantidad limitada, libros y cualquiera curiosidad, de esas que escaseaban afuera, cuando el favorecido procedía de la Capital.

Por supuesto, que esas facturas se le permitían, en el único concepto de regalo u obsequio a las personas de su familia, bajo el más severo correctivo para el caso de no proceder ajustadamente a esta condición, para lo cual se hacía una fiscalización tan prolija, como si se tratase de artículos de guerra o contrabando.

Con estos ligeros datos, que he considerado conveniente consignar de paso y con permiso de mis lectores, vuelvo a mis caminos, esto es, al proyectado viaje a que fué invitado Arturito por su señora madre,

III

Arturito en viaje por agua y en excursiones por tierra

El día 15 de febrero recuerdo que fué bellissimo y, además, el viento no era contrario, sino que desde temprano empezó a soplar del Sudoeste, colocando a los viajeros en la condición más favorable para la travesía, aunque con marejada de fondo, que poca mella había de hacerles, siendo como eran insensibles al mareo.

Por otra parte, seis kilómetros y medio se andaban a vela en poco más de una hora, así es que, habiendo salido del muelle viejo, situado entonces al extremo de la calle Misiones, al Norte, a las 9 1/2 a. m., fondeaban en el puerto del Bucco momentos antes de dar las once.

Hasta aquí, todo marchó bien, pero el desembarco demoró otra hora, y tal vez dos más, el que la Capitanía del Puerto los despachase. De esto resultó, que si bien almorzaron ese día con marcado apetito, buena razón tuvieron para ello, porque eran próximamente las 3 de la tarde cuando se sentaron a la mesa en medio de señaladas expansiones de alegría y satisfacción.

En los dos días subsiguientes a la llegada de los viajeros, éstos no hacían sino recibir y obsequiar con dulces y confites a las personas de la familia y antigua relación, que venían a saludarlos, y como en estas ceremonias, Arturito, con sus trece años apenas, jugaba en sociedad un papel algo desairado

por lo indefinido, fué independizándose gradualmente durante esos dos días, hasta que uno después, ya empezó a dar sus paseítos por la villa, que un año después había de llamarse de "la Unión".

Desde 1843 a 1847, nuestro joven había habitado aquellos dominios, y como en septiembre de este último año, fecha en que bajó a la Capital para empezar sus estudios, los cuatro años de residencia en aquellas inmediaciones le daban la preparación necesaria para extender sus excursiones a mayor distancia, no vaciló en visitar el colegio de don José Zunda, en el cual tuvo por condiscípulos a José, Eduardo, Federico y Darío Brito del Pino; Claudio Balparda, Eduardo Díaz Sierra, Enrique y Juan Antonio Artagaveitia, Carlos Miralles, José Benito Piñeyrúa y Antonio Paríña, hijo de aquel señor que se arrastraba diariamente en un tilbury pintado de colorado con estas letras negras en la parte trasera del asiento: F. o M., que no faltó quien tradujese en estos términos: *Federación o M.*

El Colegio estaba instalado en la casa llamada de los Padres, a poca distancia de la Unión, sobre mano izquierda, a dos cuadras, más o menos, del hoy Camino 8 de Octubre, fecha de la terminación de la Guerra Grande. La mayor parte de los condiscípulos de Arturito ya no asistían al Colegio por diferentes causas, y sólo pudo entrevistarse con su antiguo maestro don José Zunda, y condiscípulos Claudio Balparda y Antonio Paríña. Este último, a pesar de los cuatro años transcurridos desde que Arturito había salido del Colegio para trasladarse

a Montevideo, se servía aún del mismo petizo overo, con el que hacía el trayecto diario de su casa al Colegio, y de éste a aquélla.

Al siguiente día el joven excursionista avanzó algo más, pues tomando la misma calle en que se encuentra hoy la verja y portón del terreno en que estaba ubicado el Colegio de Zanda, emprendió marcha hacia el Norte y en dirección al actual camino Larrañaga, que ya entonces se conocía por este nombre. Detúvose en el Cuartel de los Vascos, apenas distante unos quinientos metros del Camino 8 de Octubre, con el objeto de visitar al señor coronel don Ramón Artagaveitia, jefe del batallón de este mismo nombre, a quien lo ligaba una vieja y estrecha amistad con su señor padre, y a quien, en compañía de este último, había visitado muchas veces cuatro y cinco años antes.

La entrevista fué corta, y Arturito, después de despedirse del coronel siguió hasta la quinta del entonces coronel don José M.^o Reyes, pasando por frente del rancho que inmediato a la Capilla de Jackson ocupaba en aquella época el venerable sacerdote y Vicario Apostólico don Dámaso Larrañaga.

Eran más de las 6 p. m. cuando llegó a la casa quinta de Reyes, regresando media hora después a su casa.

Para esto, el visitante volvía llevando una gran nueva, con la cual se proponía sorprender a su hermana, como le había sorprendido a él: la señora doña Manuela del Villar, esposa del coronel, le había recomendado que previniese a su con-

cuñada y amiga, lo mismo que a su mamá, que pasados unos días se bailarían en su casa y que contaba con la concurrencia de ambas, con prevención de que las que lo desearan, podían usar disfraz, y en la inteligencia de que en oportunidad, avisaría el día y hora.

Arturito, depositario de tan grata noticia, llegó jadeante al Molino del "Galgo", y apenas llegado, desembuchó cuanto tenía en el estómago, que siempre reputaron *entredrillado*, sus amigos y hasta él mismo.

La familia quedó enterada, y estando en la antevíspera de los días de Carnaval, los aprestos para la tertulia empezaron a toda prisa.

IV

Cómo en algunos casos el hábito hace al monje

Entretanto, continuaban los viajeros — madre e hijo—departiendo con los miembros de la familia y amigos sobre intimidades que sólo a ellos interesaban, así como sobre la plaza sitiada, personas conocidas y probabilidades de paz que pusiesen fin a la difícil situación actual.

Al iniciarse el sitio, muchas familias habían abandonado sus casas y comodidades, apenas con lo indispensable para servirse por la corta temporada que pudiese durar el sitio de Montevideo, y que engañadas en sus ilusiones a tal respecto, se habían visto obligadas a mantenerse lejos de su antiguo y verdadero domicilio por más de ocho

años, en la época a que estoy refiriéndome, año de 1851.

Una tarde, al regresar Arturito de uno de sus paseos por el pueblo de la Unión, se encontró en casa de su hermana, con que la señora del coronel Reyes había mandado decir, que el baile iba a tener lugar el martes de Carnaval, a las 9 de la noche, en su quinta del Miguelete.

Nuestro joven, desde que su mamá le anunció el viaje al campo sitiador, no vivía sino de gratas sorpresas, y como su firme propósito fué siempre el de aprovecharse de ellas, a tal efecto, empezó a echar sus cálculos para que la fecha señalada no le tomase de sorpresa.

Faltaban tres días para que llegara el deseado martes de Carnaval, pues estábamos en viernes de la semana anterior; con todo, se abalanzó a su pequeño baúl, lo abrió, pasó la vista por su traje de reserva, sombrero, zapatos y demás anexos, y después de una cepillada, más o menos prolija, volvió a colocar todo en su lugar, al parecer satisfecho de la impresión recibida y... quedó a la espera de los acontecimientos.

Arturito era el Benjamín de la corta familia de que hacía parte, pues no eran sino tres hermanos, comprendido él.

La señora doña C., había encontrado a su hermano menor muy bonito y crecido, y no pudo menos de felicitarlo, aunque con algunas salvedades por el traje de viaje que vestía, pero no por el que no vestía y llevaba de repuesto, de panta-

lón ajustado con estriberas, levita de lustrina marrón con mangas estrechas, que le producían sudores para meter sus brazos en ellas, y mucho más para sacarlas, coronando su indumento, no muy apropiado para un adolescente de 13 años, unos botines de marroquín, de punta aguda y retorcida y sin taco, y un sombrero de copa de castor blanco, con alas de hojaldre de pastel.

Arturito era bien parecido, no puede negarse, y su silueta bastante aceptable, pero su vestimenta no lo era por cierto, y la verdad es, que puede dar gracias a llegar de la Capital con la presunción en su favor de estar a la moda, que de lo contrario, quién sabe a qué pruebas se habría visto sometido.

—¿Te has fijado, mamá, la extrañeza que les ofrezco a estos gauchones?...—preguntó en cierta ocasión a su mamá.

La señora miró a su hijo, y no pudo menos de reír, porque ya en intimidad de familia, se había hecho crítica severa del traje de viaje de Arturito, y mucho más del destinado a actos solemnes y que había exhibido después de abierta su valija, tendiéndolo sobre su cama.

Cada uno por su estilo, resultaban detestables, y en ello no tenía culpa sino el sastre don Isídoro Vivas, que Dios tenga en su gloria para bien de su alma y descanso de sus clientes.

Es de advertir, que el joven no era exigente con su sastre, ni con sus obras, pero las levitas que aquél le destinaba por regla general (pues no se

conocía ni el saco ni el *jacquet*, en aquel entonces, avanzándose apenas a los chupetines entallados y de manga estrecha); siempre le preocupaban, llegando al extremo de constituir para él una verdadera pesadilla.

En efecto; enfundada la pieza en cuerpo y brazos después de gipar un rato y de entrar en calor, por más frío que hiciese, lo primero que Arturito observaba y observaban los que estaban a su alrededor, era que una de las Carteras del faldón trasero, se montaba sobre la otra, formando X, lo que todos encontraban antiestético en materia de indumentaria; y si para corregir semejante defecto, el joven abrochaba la pieza, veía que el remedio pasaba de la raya, pues entonces las Carteras traseras del faldón, en vez de sobreponerse una a la otra, se abrían exageradamente, determinando un triángulo *isósceles* en las faldas a imitación de la cola de una tijereta.

Agréguese a los dos trajes y a guisa de complemento, una capa de lanilla de color obscuro, indefinido, forrada en tartán a cuadros y de vuelo tan amplio, que tendida formaba la superficie plana y completa de una circunferencia sin más desperdicio de tela que la necesaria para meter la cabeza.

Si amplia era la capa por su vuelo, lo era más por su largo, pues llegaba a bordear los talones de Arturito, y parado y sostenido el cuello por una entretela de loneta cruda que lo mantenía tieso, la personalidad del joven se convertía en una verdadera percha japonesa...

De cualquier modo, peor que la capa, era lo que bajo de ella se ocultaba, recordándome aquella entrada del tenor cómico en la zarzuela "Lacero del Alba":

¡Chito!... ¡Chito!...
Que bajo de la capa
Traigo el cuerpo,
Traigo el cuerpo
Del..... delito.....

¡Qué diferencia hoy para vestirse un joven presumido! ¡Cualquier turco viste más correctamente por poco dinero, que los de aquella época, no siendo turcos y gastando buenos pesos!

Sin embargo, no había otros trajes en juego; hubo que hacer frente con ellos a la situación, y Arturito recorrió las inmediaciones del Molino del "Galgo", la Unión, el Camino Larrañaga, Cuartel General y de los Vascos y Paso del Molino y Miguelete, zona que ocupa hoy parte del Prado y Camino Reyes, luciendo sus galas, sin otra restricción como transeunte, que agregar como agregó a su sombrero de hojaldre de pastel, una divisa blanca de dos pulgadas de ancho, en la cual en letras negras se leía: "Defensor de las Leyes". (1)

No había, pues, término medio para el pobre Arturito, quien no podía conformarse viéndose coartado de esta manera en sus modestos descos

(1) Sábete es, que el uso de la divisa era obligatorio para los hombres, como la moda púrpura y blanca lo era para las señoras.

de verse siquiera en iguales condiciones y no mejores, que los demás.

v

Papel que hizo Arturito en el baile

Llegó al fin el Carnaval, y con él el dichoso martes, día designado para que tuviese lugar el baile que daba en el Miguelete la señora de Reyes.

No habían sonado las 9 1/2 de la noche (1) y el salón contenía ya gran número de señoras, señoritas y caballeros, así como dos comparsas que fueron las primeras en llegar. Una de ellas se distinguía por el disfraz de súbditos de Plutón, llevando sus rabos rellenos de confites. Algunos resultaron perdidos al fin de la fiesta (me refiero a los rabos), y otros tantos diablos rabones, como fácilmente se comprenderá por el aliciente y tentación que ofrecían sus colas.

Hacían parte de la concurrencia la bellísima señora de Reyes, María García de Requena, Dolores Carvalho de Estrázulas, señoras y señoritas de Maturana, de Arana, señora Vázquez de Acevedo, señora Carmen González de Reyes, señoritas Mercedes Pinilla, Zoila y Aurelia Díaz, hijas de don Pasenál Díaz, aquel que hablaba de banquetes servidos de a caballo por el crecido número de con-

(1) En aquella época los bailes empezaban a las 10 de la noche del día señalado y no al siguiente, como ocurre hoy.

vidados y para mejor aprovechar el tiempo, Raquel Foresti, Ercilia y Celia Reyes y tantas otras. Además, se hallaban presentes el coronel Reyes, don Joaquín Requena, don Jaime Estrázulas, don Eduardo Acevedo, don Joaquín Reyes, señor Maturana y otras muchas distinguidas personas.

Recuerda Arturito que la señorita Raquel Foresti, que acababa de llegar de Europa, cantó una romanza acompañada al piano por la señora de Estrázulas, obteniendo grandes aplausos que la obligaron a repetirla, mereciendo su complacencia, una nueva ovación.

Es excusado decir, que Arturito hizo acto de presencia antes de la hora indicada; tenía entonces trece años, como ya lo he dicho, y sin embargo, iba a concurrir al primer baile. La triste época en que vino al mundo, y en que empezaba a deslizarse su existencia, resultó poco aparente para fiestas, aparte de la falta de oportunidades y medios para presenciárselas y disfrutárselas.

Por otra parte, se le ofrecía un serio inconveniente, y era el de su edad, no deparándole ella representación alguna en un salón de baile, ni tampoco en otras situaciones, así es que nuestro joven, con su traje de levita y sombrero de copa, que ya conoce el lector, se había detenido en la puerta del salón, que daba a la galería ocupada por una pequeña banda de música.

Mientras que se bailaba en el salón, Arturito, cual otro "Caballero de Gracia", se paseaba de un extremo a otro, tarareando algo como aquello que

habíamos de oír cuarenta años más tarde en la revista "La gran vía":

"Caballero de Gracia me llaman

"Y efectivamente soy así"...

sólo que en la revista, el caballero de Gracia se presentaba de frac, boia fuerte y descubierta, mientras que Arturito, lo hacía de levita, mal entallada por falta de equilibrio, zapatos sin tacó y sombrero piramidal, de castor blanco.

Alrededor de los músicos de la banda ofrecía con ellos un raro contraste: ni ellos, ni las máscaras que entraban al salón o salían de él, le sacaban los ojos; parecía un extranjero venido, no de Montevideo, sino de tierras extrañas, en la que los jóvenes, casi niños, cubrían su cuerpo y su cabeza con tan inadecuado indumento.

¡Cuántos recuerdos provocan en mí estas situaciones hijas de mi inexperiencia, decíame cierto día Arturito, ya hombre y casi viejo; y no sólo de mi inexperiencia, agregaba, sino también del poco gusto de mis causantes y parientes, que no supieron darme un consejo salvador!

Entretanto, soportó las miradas y sonrisas maliciosas y de inteligencia que se dirigían los que fijaban en él su atención y hasta los mismos turecos, que componían la banda, como soportó el sueño que allá a las 12 de la noche empezó a apoderarse de él. Luchó cuanto pudo como había luchado con las miradas y sonrisas de los admiradores de su rara silueta a la puerta principal

del salón del baile, pero al fin, dejó de pasearse, y en una vieja poltrona que se encontraba en el extremo opuesto del corredor o galería que ocupaba la banda de música y en la cual tendió su capa, se dejó caer.

En nueva lucha se encontró comprometido cuando se arrellanó en la poltrona, y aunque no quería rendir tan temprano culto a Morfeo, al fin cedió por rendírsele, y rendírsele tan bien, que... se durmió profundamente... y en su ley, como suele decirse.

En efecto, lo hizo enfundado en sus pantalones de tiros, en su levita de lustrina, en sus botines sin tacos y con su piramidal sombrero de copa encasquetado hasta las orejas.

El hombre estaba de gala esa noche, y al arrellanarse en la butaca, no encontró motivo para alterar en lo mínimo su silueta... y fué por eso que se durmió con sombrero puesto....

VI

Una noche toledana

Se despertó a las 5 de la mañana, cuando la banda de música se retiraba, figurándosele al incorporarse, que alguien se había encargado de zamarcarlo con cierta violencia.

Los músicos se le encaramaban y se reían en sus narices, preguntándole algunos, si había dormido bien, y otros, si le gustaba dormir con música.

El interrogado no contestó a estas preguntas

impertinentes, porque se encontraba aturcido bajo la acción del sueño y, a la vez, transido de cansancio y con sus músculos tan doloridos como si le hubiesen dado de palos.

Buscó su sombrero (¡malhadado sombrero!), y lo vió en el suelo, entre la butaca y la pared; estaba ileso y, la verdad, que fué milagro en la crítica situación por que pasó.

Sentía frío, la cabeza pesada e hinchados y doloridos los pies, como que, había dormido cinco horas con los botines calzados, aparte de que siempre le fueron tan estrechos, como bajos de taco.

Miró a su alrededor; vió que cerraban la puerta del salón, cuyas luces se habían apagado, y en tal momento, ya no vió a nadie, ni aún a los músicos, que acababan de salvar el portón Este de la quinta. Por suerte, sentía necesidad de moverse para reparar el entumecimiento de sus piernas y con este objeto, no teniendo nada que esperar en la casa del baile, y aprovechando la linda mañana que empezaba a alumbrar el sol del nuevo día, echó a andar tomando el hoy Camino de Reyes, hasta llegar al de Larrañaga, por donde había venido, y a fuerza de zancadas hizo la tremenda jornada, que desde allí lo separaba del Molino del "Galgo".

Llegó al fin, pero... Llegó derrengado y con recuerdos poco gratos del primer baile de máscaras que había presenciado, y convencido de que las levitas mal entalladas y los sombreros de copa alta, negros o blancos, con divisa o sin ella, son poco aparentes para fiestas de esa clase.

El siguiente día, lo empleó en dormir, y no obstante haber almorzado antes bastante bien, y comido después mucho mejor, sentía aún restos del cansancio que le había producido la velada de la última noche.

A la fecha, de todas las personas que concurrieron a este baile, sólo sobreviven Margarita Oribe y Zoila Díaz — hoy viudas de los señores César Reyes y coronel José María Pizilla — y nuestro joven y principal protagonista de este capítulo.

VII

El regreso a Montevideo

Arturito, con la experiencia adquirida a tan caro precio, le tomó tal aversión a los bailes en general, y muy especialmente a los de disfraz, que poco tributo les prestó desde entonces, y durante su vida, no habiendo concurrido a ellos, sino por compromiso y no porque le proporcionasen halago alguno.

El 27 de febrero fué el día designado por el leuchonero Montes para regresar a la Capital, y excusado es decir, que el joven viajero se encontraba en ella esa misma tarde, y al día siguiente, a las 8 1/2 a. m., en el aula de Matemáticas de la Universidad, regentada por el doctor don Luis José de la Peña.